

Rata

No es que se pareciera en nada a un roedor. Pero era pequeña y delicada, y cuando sonreía enseñaba dos dientes que parecían hechos para estar todo el día masticando. Se dedicaba a atracar bancos y luego le compraba caballo al Resu para que se lo chutara. Mientras, ella se metía en un rincón de la casa con una novela de amor y no salía hasta que doblaba la última página y encontraba al Resu más tranquilo porque ya tenía el alimento en su cuerpo esmirriado. Entonces ella se dejaba caer a su lado y le acariciaba de arriba abajo, y le mesaba sus cabellos largos que eran como hilachos oxidados de no lavarlos en mucho tiempo. Luego Rata le abría la bragueta y le acariciaba la polla y los testículos, que apenas si aumentaban de tamaño con las caricias de Rata. Lo que sí aumentaba de tamaño con las caricias de Rata era la sonrisa del Resu, que se movía en el colchón de espuma y besaba la frente de Rata y los labios fríos de Rata y los escasos pechos de Rata. Siempre era lo mismo: echarse a la calle por la mañana, esperar hasta el mediodía, sacar la pistola y salir, al poco rato, con el saco de plástico lleno de billetes. Después, la goma en el brazo del Resu, la aguja y la sangre del Resu cuando ella ya andaba con su novela de amor. Un día, cuando regresó después del atraco, la casa estaba vacía del Resu y sólo quedaban unos ojos grandes que la miraban, y unos labios torcidos que le sonreían. Tiró el saco del dinero en cualquier parte y se inclinó hacia la mirada triste y la sonrisa alegre. Y donde no había ni cuerpo ni nada Rata acarició el aire y apretó la goma para encontrar las venas imposibles. Después lloró silenciosamente, igual que aquella noche en que ella y el Resu hicieron el amor por primera vez en su vida.